

Stok Kangri

Desde la terraza se veía la quebradiza línea que formaba la sucesión de picos. No era más que una pequeña muestra de la inmensidad del Himalaya. Una de aquellas cumbres, la más conspicua desde el hotel, era el Stok Kangri.

Apenas habían pasado veinticuatro horas desde que estuviéramos allá arriba, asomándonos al imponente cortado que desde Leh parecía un mero resalte del terreno. Hundido en la comodidad del sillón de mimbre recreaba en mi mente ciertos pasajes de la expedición que tocaba a su fin. Mientras, saboreaba un habano que había acumulado muchas millas: primero sus hojas fueron torcidas en la arborescencia tropical de Pinar del Río, después el tabaquito fue protegido de la seca atmósfera madrileña en una caja humidificadora y por último llegó en mi equipaje hasta estos inhóspitos peladeros himaláyicos.

Como digo, hacía tan solo unas horas que *destrepábamos* aquella montaña. La noche no nos dejó ver hasta dónde nos habíamos encaramado. La noche y la nieve. Y el esfuerzo anestésico. La concentración volcada en ese metro cuadrado iluminado por el frontal. En no enredarse con las cuerdas que colgaban de nosotros como despojos. En llegar a la meta. Solo a medida que bajábamos y el sol se abría paso para iluminar la inquietante topografía pudimos darnos cuenta de donde nos habíamos metido.

Tras un opíparo desayuno, la perspectiva me permitía apreciar con los prismáticos las rasgas que habíamos escalado. Saboreaba un buche de humo, rodaba el mullido cilindro de

hojas prensadas entre los dedos. Exhalaba el perfumado aroma del tabaco y me quedaba con la mirada perdida. Recordando cómo buscábamos el detalle de una grieta en la que meter los guantes. El asidero seguro de un hueco en el que descansar el peso. Evitábamos apoyarnos sobre materiales sueltos, que podían desmoronarse y arrastrarnos con ellos a una muerte segura. Era preferible la firmeza del hielo vertical, apuntalada por el frío.

Aquella sucesión de cantiles terminaba en una cima alomada. Para llegar hasta allí había sido necesario sortear negras paredes donde la nieve era incapaz de asentarse. Abismos. Grietas. Hielo embadurnado de soledad.

Habíamos hecho la ascensión en menos horas de las previstas. Por eso, cuando llegamos de vuelta al campamento base, la quietud predominaba en la pequeña llanura en la que se asentaban las tiendas. Esperaban a los primeros escaladores unas cinco horas más tarde. Tan solo las caballerías se molestaban en rumiar unas hierbas, mientras que las chovas respetaban las horas de descanso.

Aunque clareaba, la tienda de Nova, nuestro guía, seguía cerrada. Ningún ruido hacía suponer que estuviesen despiertos. Para evitar sobresaltos apenas murmuramos un leve *Hello?* a la par que «tocábamos» en la puerta.

La sorpresa se dibujó en el somnoliento rostro de Nova. Un gesto de condolencia se quería adelantar a sus palabras. Verdaderamente sentía que no hubiésemos hecho cumbre. Su gesto luchaba por ser amable con aquella sonrisa que se empeñaba en esbozar. Pero le era difícil ocultar la mueca de decepción por su error de previsión. Estaba convencido de que estábamos preparados para llegar arriba. No acababa de entender qué podría haber pasado.

Porque era evidente que si estábamos tan temprano en el campamento no podíamos haber hecho cumbre. Ese era su

definitivo gesto, el de no entender nada. Aunque, al fin y al cabo, en la montaña puede pasar cualquier cosa. Deben darse una serie de casualidades, una tras otra, para llegar hasta arriba. Y en cualquier momento podía truncarse esa continuidad y echar por tierra al candidato mejor preparado.

Mientras sucedía todo esto el cocinero surgió de la tienda. También sorprendido por nuestra presencia preguntó algo a Nova. Intercambiaron algunas palabras en su idioma. Del todo incomprensibles para nosotros. Especulaban sobre nuestra suerte. Apremiado por el cocinero, Nova por fin se atrevió a preguntar cómo nos había ido: «No luck? Did you get to the top?¹». No esperaba mucho, estaba claro. Casi iba a seguir con algún tópico del tipo: No pasa nada. Es la montaña quien decide, cuando Tsing, el guía de montaña, se adelantó: «Yes, we succeed! Half time than forecasted. Incredible!²».

Entonces sí. Nova se levantó abandonando aquella posición acucillada, casi sumisa, y vino a darnos efusivamente la mano. Se le veía contento. La sonrisa ya no era postiza. Estaba francamente orgulloso de sus clientes. Amigos. Con los que había estado compartiendo camino y vivencias durante las últimas semanas.

Le resumimos en un inglés correoso cómo había sido la ascensión. Le mostramos alguna de las apresuradas fotos. Muchas borrosas. Muchas incomprensibles fuera de contexto. El guía que nos había llevado hasta arriba desapareció en la tienda, junto al cocinero. Mientras aprovechábamos el íterin para repasar la última parte del plan, que consistía en reencontrarnos en Rumbak con Javi y el Indio, no perdíamos de vista la senda por la que habíamos vuelto. Aún no asomaba nadie. La tetera anunció silbando que el cocinero ya se había puesto manos a la obra. Probablemente en aquel chorro de

¹ ¿No hubo suerte? ¿Llegasteis hasta arriba?

² ¡Sí, lo logramos! En la mitad del tiempo estimado. ¡Increíble!

frases que Nova y el cocinero habían intercambiado se incluían instrucciones precisas para darnos algo caliente. Las humeantes tazas de té encontraron nuestras manos. El campamento, poco a poco, volvía a llenarse de ruidos vitales.

Fumaba acompasadamente el habano, sumido en la lasitud, sin quitar la vista a la cordillera nevada. La médula ósea trabajaba a pleno rendimiento para sacar adelante millones de glóbulos rojos. Después de haber detectado el aire enrarecido que hay por encima de los seis mil metros de altura. El último chute que nos habíamos metido. El más serio. Tardaría unos días en hacer efecto la contraorden de que ya no era necesaria tanta hemoglobina.

Recordaba otro detalle del descenso. Nos quedaba un buen trecho hasta el campamento base y desandábamos aquellas palas de nieve congelada, que venían a ser las primeras rampas serias a las que nos habíamos enfrentado. Estaban sembradas de vomitonas. Gente varada. Grupos tambaleantes. Lastrados por algunos de sus componentes. Que yacían en el suelo. Cariatocidos. Tratando de comprender dónde coño estaban.

Metabolismos descompuestos que no se habían adecuado a la falta de oxígeno. Algunos esperaban un milagro que los transportase a la cumbre. O mejor. Que los devolviese al campamento.

La hipoxia, si no había devenido en desbarajustes orgánicos, podía tener efectos sedativos. Y convertir a los montañeros en seres confiados y vulnerables. Es lo que había pasado con un tipo con el que tropezamos. Allí estaba. En medio de una de aquellas sanguinarias cuestas. Sentado. Repantingado prácticamente. Comía una bolsa de patatas fritas. Nos ofreció. Quería saber si teníamos agua. Su botella era un bloque de hielo. También nos pidió información acerca del tiempo que se tardaba en subir.

Carpe diem

Caminábamos en busca de fauna. Paliza va paliza viene, Gerardo y yo nos íbamos entrenando. Mi preparación era más leve, ya que por las noches me dedicaba a dormir. Cada mañana, cuando afrontaba los primeros desniveles, moderados en su primera fase, sentía una impotencia que me avasallaba. Me resultaba imposible acostumbrarme a la exigencia del terreno. Debería estar meses aquí para caminar con normalidad. Aunque he dejado la pipa en Leh, evitando humos nocivos, los pulmones no dan más de sí. Sufre todo: los músculos, el sistema respiratorio y el alma.

Veía complicada la ascensión al Stok Kangri. Sensación que se acrecentaba cada vez que lograba una buena panorámica del pico, cubierto de nieve blanca, como un helado gigante que no cede al frío sol de la montaña. Pasaban los días, avanzaba el verano, y la nieve se iba retirando. Su lugar lo ocupaba hierba nueva. La novedad llamaba la atención de los barales. Por encima de ellos, tenían que estar los leopardos. Desde donde estudian sus movimientos para encontrar sus puntos débiles. Así que nosotros también vamos en busca de la nieve, que a estas alturas del verano empieza a unos cinco mil metros.

Transcurrían aquellos maravillosos días sin recriminaciones ni reproches. Cada uno podía hacer lo que le diese la gana y al mismo tiempo contar con los demás. *Carpe diem*. Solo mirando las páginas del diario de Gerardo podría pensarse que la situación no era perfecta. Una frase, que se había convertido en una firma, remataba los sucesos de cada jornada:

«Seguimos sin verlos».

Uno de nuestros propósitos consistía en explorar el paso del Ganda La. Era la conexión que daba acceso al valle de Markha. Las aguas que recogía esta cuenca iban a unirse, viajando hacia poniente, a las del mítico Zangskar, cuya poderosa corriente se dirigía al norte para vaciarse en el Indo.

El circuito que se establecía, entrando y saliendo por el Indo, era muy codiciado por los senderistas ya que en pocos días se recorrían zonas de alta montaña, inhóspitas, pero con comodidades todavía a mano. Leh quedaba a una distancia prudencial y en caso de emergencia se podía recular.

A lo largo de los valles de Markha y Zangskar había numerosas poblaciones en las que pernoctar. La más importante era Chilling, un renombrado centro de orfebrería del cobre. Allí se había fabricado buena parte de la cacharrería que brillaba en todas las cocinas ladakhíes.

Subir al Ganda La nos permitiría caminar por el cordal que limita la cuenca del Markha y comprobar si las formaciones vegetales de aquella vertiente eran similares a las que habitaba el lince en los valles prospectados. Además nos situaríamos en las partes más altas de los barrancos y podríamos registrar la cota hasta la que llegaba la vida silvestre.

Amaneció cubierto. Llevábamos caminando un rato cuando topamos con los restos humeantes de un campamento. Lo habían desmantelado hacía pocas horas. Además de utilizar los dispersos caserones que había en la montaña, muchas compañías de *trekking* montaban sus tiendas donde más les convenía. Para hacer más cómodo el paso del Ganda La su estrategia era acercarse lo más posible a las rampas más exigentes. Escogiendo una zona que ofreciese cierta protección contra el viento helado que bajaba desde aquellas alturas. No había mucho espacio donde elegir, así que los sitios estaban más o menos preestablecidos. Algunos de ellos eran reconocibles por las pre-

carias infraestructuras que ya eran permanentes.

Estas sencillas construcciones solían ser apriscos para guardar a los animales de carga o letrinas. Había otras ciertamente llamativas. Pretendían servir como centro de reciclaje de residuos, lo que resultaba muy curioso en aquellos parajes. Me imagino que la misma mente que fue capaz de hacer pasar las pestilentes cloacas que servían para evacuar por «Eco-Friendly Systems» fue la que concibió la llamativa idea de separar la basura por componentes en un lugar tan poco apto para piruetas legislativas.

El «Centro de reciclaje de sólidos montañosos» eran cuatro sacos de arpillera atados a unas varas metálicas. Estas, a su vez, se apoyaban en unos muretes de adobe que hacían de contenedor. Sobre cada uno de los sacos un cartelito —muy cuco— anunciaba a qué tipo de desperdicio estaba dedicado cada compartimento. Sin embargo el destino de todos los residuos era el mismo. El humo que veíamos de lejos procedía de la incineración de la basura. Mezclada, claro. Unos tipos se encargaban de remover tetrabriks, latas aplastadas, bolsas de aluminio, botes de judías y mondaduras de pepino. El turismo traía dinero. Pero también inmundicia.

Todavía alcanzábamos a ver, ya muy por encima de nuestras cabezas, una recua de mulas, caballos y burros, que se difuminaban en la niebla que entraba a borbotones por el Ganda La. Seguir los pasos de aquella comitiva no nos atraía mucho. Como ya he dicho, detectar fauna por los caminos principales era difícil. Nova propuso una ruta alternativa. «No people this way⁷», dijo señalando un barranco lateral. De nuevo campo a través. Subíamos despacio, rastreando las pendientes, prestando especial atención a los accidentes del terreno que podían servir a los linceos como atalayas.

Empezó a nevar. Primero de manera anecdótica. Luego de

⁷No hay gente por este camino